

SAMPLE
TRANSLATION

JANI VIRK
AMOR EN EL AIRE

PUBLISHED BY: ŠTUDENTSKA ZALOŽBA, 2009

TRANSLATED BY: KARMEN UHAN

ORIGINAL TITLE: LJUBEZEN V ZRAKU

NUMBER OF PAGES: 185

Jani Virk: Amor En El Aire

La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla.

G. G. Márquez, *Vivir para contarla*

Es posible que solo el amor completo y duradero, o bien la franca sexualidad animal, que se agota en su satisfacción inmediata, sin ilusionar ni ilusionarse con el otro, estén en la verdad, mientras que la variada gama de gradaciones intermedias de las relaciones amorosas, una típica invención humana, es muchas veces una serie de falsedades y violencias embellecidas por un Kitsch sentimental. *Traducción de Joaquín Jordá Editorial Anagrama, Barcelona 2009.*

Claudio Magris, *El Danubio*

I. Diciembre

Así es.

Afuera cae la nieve en grandes y suntuosas pelusas, alrededor el silencio de la profunda noche invernal, el paisaje se desliza en la desconocida, y puntillosa blancura de fondo negro. Tengo los ojos cerrados y tiemblo, no sé, si de frío o del olor a la tibia piel que esta sobre mí. Del insomnio o de los duros, y rítmicos golpes de las ruedas en las vías congeladas. No pienso en nada, en las orejas y en el cuerpo me lanza un brusco respiro femenino, su largo pelo me cosquillea en la cara. Las cuerdas tiemblan en el espeso, y húmedo aire, los repetidos golpes del talón desnudo de la mujer contra el estuche de mi guitarra se convierten en disonantes sonidos que se balancean en el compartimento del tren. Los hilos rotos del sonido viajan a través del espacio de la suave alfombra, transpiran las sucias fundas de los asientos, la ropa tirada, una lata de la cerveza medio vacía y aterrizan en la piel sudada de la mujer. Escucho en un silencio encubierto como se mezclan con los objetos, y afinan su frecuencia. Desde el vidrio, en mi hombro derecho mira el frío afilado, afuera esta diez bajo cero, podría mover el botón y subir la calefacción, pero no mejorara, solo, olerá peor a gasolina ahumada, en el compartimento torcido del tren con pocos pasajeros, que salió en la noche desde Viena a Liubliana, solo sirve, yo creo, el motor y la bocina.

En mi disipada y aislada conciencia viene perezoso el pensamiento, la mujer puede destrozar mi guitarra, con los dedos le agarro debajo de su trasero y trato de calmar la pierna, que bruscamente se sacude contra la banca de enfrente. Mírame, susurra mientras se mueve fuerte en mi regazo, porqué no me miras, con la lengua resopla en mi oído, e inmediatamente habita la humedad y el frío. No la miro, no puedo estar con las mujeres, si tengo los ojos abiertos. Distráido, pierdo el sentido, un poquito de la luz que quedaba dentro de mí, regresa y rápido termina todo. Si, digo en mi blanda, y suave conciencia, cierra los ojos, así te voy a ver.

No la miro, no me interesa su cara, la conozco muy poco. Con mis compañeros fuimos a tocar en la posada de una sucursal de banco Austria, dormimos en un hotel barato, yo quise irme a casa, no quiero que mi pequeña Ula se despierte sola en la mañana preguntando a su niñera porque no regrese a casa. Al tren también lo esperó una mujer joven, en la estación salió de la oscuridad, se me acerco y dijo su nombre, no la escuche bien, Maya, Kaya, Taya. Tocaron bien, disfrute, dijo. Voy hasta Celie, continuó su monologo, podía dormir con mi amiga, pero mi esposo me está esperando, es muy celoso. La vi en la fiesta, me gustó como se movía. En los recesos bebíamos cerveza, lento & contento, solo nuestro nuevo tecladista anduvo por el salón escogiendo bailarinas para las clásicas, tranquilas y románticas del CD. El muchacho está muy verde, necesita mucho cariño. Y nosotros, como es costumbre para hombres alrededor de los cuarenta, sentados y observando a las muchachas en las mesas y en la pista de baile. No, no se me fue de la memoria, Maya, Taya, Kaya.

¿A Celie? que bien, dije, en el frío aire del andén trate bajo el haz de luz amarilla, donde la noche nevada ahueco el escenario para el encuentro coincidente, buscar sus ojos. Yo voy hasta Liubliana, continué sin prisa, pensaba como la puedo halagar. Es claro que el esta celoso, no es ciego, dije francamente, si confías en mí, yo te voy a cuidar.

Asintió con la cabeza luego disintió, me miró dudando y después se sonrió. ¿Es un frío del diablo, verdad? dijo, un frío del diablo, si, le conteste y me acerque.

Me corresponde el silencio de la noche y el amoroso resolló de la mujer sobre mí, me gusta la inentendible erupción de los sílabos cortados, la espontaneidad salvaje de las emociones y la pasión, que molestan mi urbana y aburrida naturaleza humana. Cierro los ojos y trato de atrapar el lunar de la conciencia, que me hace vivo, se me está escapando igual que sus nalgas y las trato de calmar en el ritmo de mis años. No tengo prisa, es raro que me acueste con una mujer, si me está pasando, que dure un poco más.

Mientras ella brinca bruscamente de repente siento que mi espalda se está deslizando del asiento, abro los ojos y veo como su cara se está alejando de la mía, en el aterrizaje del tren escucho el pesado chirrido del metal, en mi estomago se mueve el grande e invisible eje de equilibrio y se dobla en forma de espiral. Maya, Kaya, Taya me abraza en el pánico y juntos como un cuerpo de dos piezas pegadas en la línea de la piel sudada, rodamos hacia el piso, bajo los asientos en el otro lado del compartimiento y quedamos tirados como una cometa quemada, perdida, atrás a la orilla del universo, esparcida con el piojoso polvo descompuesto, de los asientos acolchonados. Escucho como el estuche de mi guitarra de lleno pega sobre el respaldo del asiento y entre el apretado chirrido y el freno de las ruedas, suena a una suelta polifonía de cuerdas, los tonos ligeros pasan entre apretados, y chirriantes bandas de sonido de la construcción de hierro y el tren se detiene.

En el corredor se encienden las luces, la mujer en mis brazos tiembla de miedo, instintivamente se retira de la luminosidad y me mira confundida.

Es que eres muy salvaje, ves que paso, trato de bromear de la situación, con mi espalda todavía atorada abajo de los asientos apestosos. No se me ocurre nada mas, solo quiero romper el silencio que se aloja entre nosotros y es mas incomodo que el frío viniendo de la ventana rota.

Su abrazo se desprende al momento, se aleja de mí y se sienta desconcertada en la mitad del compartimiento, tomando piezas de ropa, se viste nerviosa, como si afuera estuviera su esposo y como que con su celosa mano hubiera detenido el tren y que en cualquier momento este con nosotros. ¿Qué está pasando? pregunta mientras se levanta, mas a sí misma como a mí, observo el tatuaje de una rosa a la derecha abajo de su ombligo, crece de su vello púbico y se mueve al ritmo voraz de su meneo.

Escucho que se abren las puertas corredizas, me levanto y cierro las cortinas, que están por la frenada del tren en la pared sobre los asientos y me visto rápidamente. Salgo del

compartimiento, al final del corredor un grupo de *gastarbajters*ⁱ en calcetines, abren las ventanas, el olor a aguardiente y a cuerpos sudados, desvelados viene con el viento helado, subo el cuello de mi chaqueta hasta la mitad de la cara y jalo la gorra sobre las orejas. Kaya, Maya, Taya automáticamente camina atrás de mi, después del angosto pasillo entramos al siguiente vagón, y al abrir y agarrar la manija de la pesada puerta casi se me congela la mano. Escucho el llanto de un niño, de otro compartimiento viene el olor a marihuana, a través de las cortinas abiertas observo a un grupo de estudiantes, jugando las cartas, como si no pasa nada, como si no les corresponde el exterior del mundo.

En frente de la locomotora eléctrica sobre las vías, está parado el maquinista, en el haz de los reflectores recuerda a un solitario y olvidado héroe del cine mudo. Disculpa, que está pasando, pregunto, ¿cuál es el problema?

No me responde, al momento pienso que es austriaco, no soy bueno en alemán, así que repito la pregunta en inglés. No dice nada y está como ausente mandando nubes de humo por la boca, entre los dedos mueve nervioso el cigarro, después se voltea y sacude la cabeza. El décimo, dice sin mirarme con un fuerte acento, dije a mi esposa, en el próximo me voy a retirar. Se colocan en las vías y no se mueven. Se matan a sí mismo, está bien, pero, porque no piensan que también me matan a mí. Volvió hacia mí, mirando a través de mi cara, a la distancia, y en la profundidad de la noche. Despacio levanta las manos, las baja resignado y se aleja.

Parados en las vías, continúa enojado, y después me pisan toda la noche. Caminan sobre mi estomago, mis nervios y no hay nada que pueda hacer. En los sueños estoy frenando, siempre igual, en mi cráneo resuena el chillido de los frenos y sé cómo se va a terminar, pero siempre al final atropello al cuerpo humano y me despierto sudado de ansiedad y orinado de miedo. Arroja al aire el filtro del cigarro, que se sofoca en la nieve recién caída. En el próximo me voy a retirar, dije a mi mujer, ya estuvo, tengo la edad suficiente. Me voy a retirar.

Me quedo sin palabras atrás de él, ya no me mira más a la cara, desde la caja toma un cigarro nuevo, lo enciende y sale caminando por las vías a la oscuridad. Atrás de mi espalda escucho gritos, al costado del tren se acerca el inspector con la batería en la mano, maldice y reniega, arrastrando el blando cuerpo. Pienso que el hombre está loco, Maya, Kaya, Taya me abraza fuerte, me siento mal, dice, agárrame, me voy a desmayar. Los *gastarbajters*ⁱ se asoman por la ventana y se ríen a carcajadas, uno chifla dos, tres veces, grita al inspector, que les dé lo que tiene en la mano. El inspector se acerca a la locomotora, arrastrando por la nieve el cuerpo desnudo, tirado grotescamente, a la chingada, grita en el frío aire, en donde chingados está el maquinista, reniega contra mí y en la luz del reflector deja el cuerpo sin vida, una muñeca inflable para hombres solitarios. Bastardos arrogantes, maldice en contra mía, como que esto también va para mí, hicieron el muñeco de nieve en las vías y a él ataron con la cuerda a esta cogida falsa.

Levanto las manos, mejor artificial que vivo, pienso y me retiro, con la mano señalo el costado de las vías al maquinista, que venía de su paseo de la oscuridad.

Tócame algo, me dice Maya, Kaya, Taya en el compartimiento, desde el estuche levanto la guitarra. Me niego, tengo los dedos helados, ni tengo ganas, nada mas estoy verificando, si está todo bien con ella. Abajo del estuche noto la tira de su rojo brassier, que antes por la prisa no encontré. Lo saco al aire y se la muestro. ¿Si me lo regalas, te toco algo, de acuerdo?

No oye mi pregunta, solo agarra su brassier.

Es que nunca lo engañe, me dice, mientras alisa su arrugada lencería, y tenemos ya casi dos años de casados. Es demasiado celoso, nunca me deja ir sola y si voy, luego no duerme conmigo por días. No puede, dice él, porque no sabe, si le fui fiel.

La escucho a medias, con los dedos pego las cuerdas y escucho si está todo bien con mi guitarra. Si es celoso, lo tienes que engañar, le digo, es que es obvio que él espera que tú lo engañes. Es que, igual que él tiene miedo, también desea que tú lo engañes, estoy filosofando profundamente, debe ser un swinger latente o algo parecido, solo que no lo sabe todavía. Tú engáñalo, no debes decepcionarlo, murmuro, es lo que se me ocurre en el momento, pero que no le vas a decir, continúo seriamente. No quiero que aparezca una mañana su esposo en mi puerta, con su nervioso puño o peor con un afilado cuchillo.

La estoy mirando, observo en paz su cara, pensando que no tiene más que veintidós, veintitrés años, podía ser su padre. Me choca esta diferencia, me siento incomodo, dejo el cuello de la guitarra y juego con el colgante de su cadena, en un lado es la imagen de la Virgen y en el otro el nombre Maya.

Es tonto decir la verdad a tu hombre, si él no se lo merece o si está duele, continuo. Aquellos, que dicen que son honestos, son normalmente personas repugnantes y fastidiosas. Y si son de verdad honestos, terminan mal, me hago el listo, la historia está llena de ejemplos.

Me mira mientras se pone el brassier abajo de su suéter rojo con cuello largo y mangas cortas.

Podría enamorarme de ti, aunque hables puras tonterías, confiesa, por suerte estas muy viejo para mi, se sonrío y me consuela con un beso de lejos.

Vamos a sobrevivir a este viaje también sin esto, digo y regreso la guitarra al estuche.

Se bajo en Celie, en la puerta del compartimiento se detiene me pregunta por el numero del celular, luego rápido dice el suyo. Por un momento espera indecisa en la puerta, como que quiere decirme algo mas, disiente con la cabeza y luego se retira.

Atraves de la ventana y las flores congeladas miro su figura, como pasa la estación del tren, en el estacionamiento suena el claxon de un auto, enciende sus luces varias veces se acerca a ella. Observo por unos segundos su fino movimiento, para que no se me olvide y luego miro al otro lado, no me interesa ni su esposo, ni el disimulo con que lo besa en el cachete.

Muy a menudo me relaciono con mujeres, hace más de un año que me separe de mi esposa Petra, bueno, desde más de un año que ella se separo de mi, fue esto en el tren, mi tercera vez. Una semana después de la audiencia en la corte, caí en depresión, todo sin salida, mi único

consuelo fue, que se quedo conmigo mi hija Ula. No soporto la depresión, bueno, ¿quien la puede soportar? Lleve a Ula con mi hermana en Medvode, me regrese a casa, tome unas pastillas de Apaurin y bebí una botella de whisky. En la mañana apenas me reconocí, el perezoso lunar de mi conciencia floto en una esquina oscura de mi cuarto, estuve razonando, si con el suicidio me podía vengar de Petra y así destruir su nueva relación con uno de los jefes de la compañía de asesoría internacional, un delgadito Ingles, un cualquiera, con apenas treinta años, algo parecido a hace décadas donde su tatarabuelo anglosajón con los hindúes, él vino a principios del nuevo milenio a iluminar al pequeño y tranquilo pueblo eslavo, como manejar el dinero. Me quede solo, de repente no hubo nadie con quien platicar, pelear, escuchar los monólogos. Me voy a matar, estuve diciendo a mí mismo y al mismo tiempo sabía claramente, que no lo iba a hacer, más por Ula. En mi trabajo en la escuela de música avisé estoy enfermo y que en la tarde no voy a ir, fui a la farmacia me compré unas aspirinas y en el puesto de revistas compré una revista de anuncios clasificados. Regresé a mi departamento, me acosté al sillón y en los anuncios de las dominantes, las piernas largas, las de pelo negro, las de labios seductores y las de grandes lolas, busqué a la muchacha precisa, y le hable al instante. Quería saber si no tengo más que sesenta años y si no tengo la Psoriasis, a la media hora llego una chamaca de baja estatura, de pelo negro, delgados y mal pintados labios, por unos minutos fue al baño y luego de diez minutos lo hizo todo. Me tomó cincuenta Euros, se vistió, adiós viejo, háblame, me decía rápido, mientras se ponía los zapatos y se marchó. Después vi que en el baño había usado el cepillo de dientes de Ula, esto me hizo sentir mal, y me enojé, tiré el cepillo a la basura y juré nunca más voy a traer a una mujer desconocida a mi departamento.

En el verano me quedé después de un recital de piano, con la esposa de Valter, mi compañero de trabajo de la escuela de música, Renata. Me dio su entrada, porque el concierto estuvo al mismo tiempo que el seminario de violonchelo, y que fue a asistir a la costa. Me haces un gran favor, puedes ir, me dijo el violonchelista Valter, no le gusta salir sola, todavía se siente extranjera. Está bien, dije, me tomo tiempo, más tiempo de lo que había pensado al principio. La conocí de vista, de ella sabía solamente que había terminado la academia en su país, Alemania, y que impartía las clases de piano en la escuela de música en el centro. Nos sentamos juntos en el recital, en vez de que su pierna se tocara con la de su esposo en las angostas filas, fue por coincidencia la mía. Extático escuchaba cada canción y la disfrutaba, me gustó con que espontaneidad apoyaba su pierna contra la mía. Observé cómo entre los recesos de las canciones aplaudía con sus largos dedos con uñas pintadas de blanco, me entretenía como la música la vitalizaba y como a mí me adormilaba.

Después del concierto la invite a beber un café a un bar cercano, por agradecimiento del boleto, y sin malas intenciones. Hablamos de la música, de Bartók y Messiaen y Ravel, de como la música está en el nivel más alto de este mundo banal, conectando las almas de las personas y tonterías parecidas. En general de esto habló ella, yo solo asentía y acordaba pero en verdad esta música antigua no me interesa. Bueno un violonchelo de Bach puede sacar lagrimas de mis ojos, pero de todos modos los clásicos no son lo mío, en la escuela de música rasgo las escalas, practico las técnicas y repito una y otra vez el clásico repertorio de canciones, pero de

verdad solo puedo disfrutar en guitarra algún blues, Clapton, Satriani, Steve Vai o Santana. Mis dedos son de la escuela austro-húngara, mi cuerpo dividido en alma eslava y orejas de plantaciones de algodón en Mississippi o en la selva tropical. En serio siempre me aburren las blandas pláticas de música clásica, por lo general de esto hablan mis compañeros con sus caras de bobo, quienes no tienen ni idea de la música ni de la vida. Si no tendría esta erré alemana que se desliza repetidamente tosca sobre sus labios y me incomoda, pensando cómo podía tocarla con los dedos o con la lengua, me habría despedido temprano, pero así sumergidos en el peligroso, y disperso ambiente estuvimos en el primer bar, luego hasta la una de la mañana en el otro y al final terminamos en su casa.

ⁱ Trabajador inmigrante, término despectivo.